

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

La gloria
del Colegio

Johnn Mack Brown

Marion Davies





WOOD, Sam

LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III Publicación Semanal de argumentos

Núm. de películas de 25

81 METRO GOLDWYN MAYER Cént.

Ediciones BISTAGNE

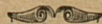
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

La gloria del colegio

(FAIR CO-ED, 1927)

Deliciosa novela interpretada por

Marion Davies



Producción

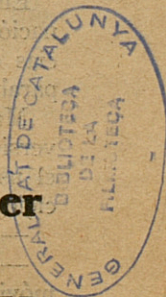
Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 — BRACELONA



LA GLORIA DEL COLEGIO

Argumento de la película

Marion Bright era una muchacha traviesa, alocada, muy moderna. Su padre, no pudiendo dominarla por sus solos medios, había decidido hacerla ingresar en un colegio.

Ella pareció aceptar con agrado la determinación paterna porque había tenido referencias de que la vida universitaria tiene incomparables encantos.

Mas cuando se enteró de que en la universidad a la que la destinaban no se permitía el uso de los automóviles, puso el grito en el cielo.

—No... yo no quiero ir, papá...

—Irás a estudiar... no a manejar un automóvil.

—No, papá... no iré a Bingham ni a ningún otro colegio que prohíba los automóviles a los estudiantes.

Se había asomado a la ventana de su cuarto. Apoyada en el alféizar, vió a un joven que llevando varios libros debajo del brazo, llamaba al timbre de la puerta.

Era un muchacho de porte agradable, y Marion se lo quedó mirando, ávida de que toda la juventud masculina rindiera pleitesía a sus encantos de mujer.

Una doncella abrió la puerta al joven, quien ofreció varios libros para su venta.

—No se reciben corredores ni agentes, señor...

—Es que yo no soy ningún vendedor ambulante, señora. Soy un estudiante del colegio Bingham... Y vendo libros para pagar mi colegio.

—Yo no quiero libros, ya tengo uno—contestó la doncella, cerrando la puerta con estrépito.

El muchacho se alejó melancólico, y Marion sintió que algo de la tristeza del vendedor se le contagiaba a ella.

Su padre le gritó desde dentro:

—Irás a Bingham o yo averiguaré por qué no quieres ir.

—¡Muy bien! Iré a Bingham pero nunca sabrás el por qué.

—¡No me faltes!

Y enfurecido, el autor de sus días cogió un libro y lo echó a la cabeza de Marion. Esta esquivó el golpe y el libro saltó por la ventana yendo a caer sobre las alas del sombrero de paja del joven vendedor y rompiéndoselas de modo lamentable.

Indignado el estudiante cogió otro libro y lo echó contra la ventana de donde había partido la agresión.

¡Insolentes! No vió a nadie porque ya habían tenido buen cuidado de meterse dentro. ¡Ah, gente estúpida e inculta!

El libro había ido a dar contra una de las mejillas de Marion quien se quejó amargamente del golpe, aunque comprendiendo que al agresor no le faltaban motivos.

Hojeó el libro y leyó:

El Dominio del Temperamento

Muestra para el vendedor Bob Dixon, colegio Bingham.

¡Pobre muchacho! ¡Ah! Iría al colegio y procuraría desagraciarle de la ofensa hecha sin querer...

Allá cerca del colegio Bingham los estudiantes comentaban entristecidos una orden dada por la dirección.

AVISO

No se permite a los estudiantes el uso de automóvil ni de otros vehículos durante el curso escolar. La violación de esta orden se castigará con la expulsión inmediata del colegio.

Los estudiantes que iban a ingresar en el Colegio se habían reunido en un campo y junto a una zanja abierta enterraban las patentes y las placas de sus automóviles.

Derramando abundantes lágrimas cantaban de modo cómico:

*Por eso suplicamos
Que nos prestes valor
al dejar nuestras novias
transidas de dolor.*

—¡Descansad en paz, compañeros queridos!
¡Adiós!

—¡Amén!

—¡Cubramos los cadáveres!

Y los escolares de ambos sexos, siguiendo las incidencias del entierro de sus motores, cubrieron la zanja despidiéndose de lo que constituía su ilusión.

—Ahora, hermanos y hermanas — dijo un estudiante —, guíenos nuestra caravana sin motor hasta Bingham.

Y subiendo a toda clase de vehículos, coches,

carros romanos, bicicletas, carretas, patines, simples tablas arrastradas por cuatro toscas ruedas, palanquines, etc., es decir, toda clase de carruajes en los que no fuera necesario el motor, emprendieron el camino hacia el colegio mientras algunos grupos que arrastraban un gran coche, cantaban:

*Somos vulgares remeros
Vednos remar, vednos remar,
Nadie boga cual nosotros
En toda la humanidad.*

Marion se había hecho acompañar en un taxi al colegio. Tuvo que detenerse para dejar paso a la alegre caravana juvenil, bulliciosa y reidora.

—Esto no es un colegio, señorita — dijo el chofer—, es una casa de locos.

Marion se reía de buena gana al ver a la estudiantina. De pronto descubrió al joven Bob, el vendedor de libros, que guiaba un carro romano.

Hizo detener el coche y corrió hacia Bob que avanzaba con desesperante lentitud.

—¡Oh, rey! — le dijo riendo—. Aquí os traigo un presente que recibí en la cara.

Y le mostró el libro "El Dominio del Temperamento" que recibiera un día con tanta violencia.

El la miró con gran indignación y acordándose de su sombrero roto, le respondió:

—¡Ah!... ¿fuiste tú quien lanzó el libro que rompió mi corona?

—Lo hice sin querer.

—¡No mientas!... Si fueras un hombre... me las pagarías.

Y azuzando a las dos mulas que arrastraban el carro romano, partió lentamente...

Cuatro muchachas que pasaban en bicicleta se fueron de Marion y le dijeron:

—Más vale que agarres tu taxi, novata.

—Ustedes son las que deben agarrarse a su bicicleta... — respondió al ver que caían.

Luego se dirigió de nuevo al automóvil y éste reanudó su marcha. Pero Marion al ver que se acercaba de nuevo a Bob, deseó trabar conversación con este joven y brindarle su amistad.

Disimuladamente abrió la espita de la gasolina que se derramó por el camino.

El chofer vió que el *auto* se paraba, y dijo, contrariado:

—Me parece que se acabó la gasolina.

Ella bajando del vehículo respondió con fingida indignación:

—Esto de quedarse sin gasolina... no debía suceder a usted.

Pagó el importe del taxímetro.

Y corriendo al alcance de Bob, se encaramó tranquilamente a su lado en la carreta y le dijo:

—Lo siento mucho... pero mi taxi no camina y supongo que no permitirá usted que yo vaya a pie hasta el colegio.

—¡Oh, eso, no! señorita — respondió Bob que no era insensible a los encantos de una mujer bonita.

Y siguieron la ruta, durante la cual Marion le pidió perdón por el asunto del libro y él se lo concedió de mil amores.

Pasaron las cuatro muchachas en bicicleta y al ver a Bob hablando con la novata, una de ellas dijo con retintín:

—No te olvides de invitarnos a la boda, Bob...

Llegaban ya los expedicionarios al colegio en medio de un jolgorio extraordinario haciendo befa de la orden de la dirección.

El director comentaba con otros profesores la entrada de los estudiantes.

—La prohibición de los automóviles quedará permanente — decía—. ¡Déjeles que protesten! ¡No conseguirán absolutamente nada!

La caravana entraba a gran velocidad. De pronto el carro romano chocó con otro vehículo, y Marion salió despedida de él, yendo a caer a los pies del director del colegio, y junto

al lugar donde se matriculaban los alumnos del primer año.

La joven se levantó quejándose de haberse clavado una pluma en la parte posterior de su cuerpo.

—Me alegro que no me haya clavado un parrayos — dijo, riendo—. ¿No le parece?

—¡Ojo con las burlas, señorita!... Yo soy el director...

—¡Oh, qué alegría! — contestó dándole la mano—. Mi nombre es Marion Bright. Ya verá usted qué bien nos vamos a llevar.

—Pocas bromitas... y vaya usted a matricularse.

La joven, después de agradecer a Bob, que había vuelto a su lado, sus desvelos, fué acompañada al pabellón femenino.

El dormitorio de las educandas había sido bautizado con el nombre de "El Paraíso de los hombres".

Acompañada de la encargada, entró en la habitación que le destinaban para todo el curso. Otra muchacha, Rosita Cook, iba a ser su compañera de cuarto.

Rosita era una de las muchachas de la bicicleta que antes le habían tomado el pelo.

A punto estuvieron de reñir recordando el incidente, pero se apaciguaron, acabando por hacerse protestas de amistad...

Marion le mostró un collar de perlas y le dijo:

—¿No sabes? Estas son las perlas de la popularidad... Cada vez que tengo un nuevo admirador, ensarto otra en mi collar.

Y le mostró un estuche en el que había va-



—Estas son las perlas de la popularidad.

rios granos soberbios, entre ellos una perla de gran tamaño.

—Me da el corazón — agregó — que esta perla grande se llamará Bob.

—Lo veo un poco difícil...

—No existe el imposible para mí.

Otra de las muchachas que habían ido en bicicleta se llamaba Betty Carter y había alimentado ciertas esperanzas con respecto de Bob.

Al ver antes, en la carrera romana, a la desconocida, le cogió unos celos feroces y dispuesta a quitarle toda esperanza, preparó luego un ramo de flores y escribió algo en una tarjeta. ¿Qué importaba mentir si se trataba de guardar a Bob?

Entró en el dormitorio de Marion y le dijo, sonriente; después de dedicarle algunas palabras de saludo:

—¿Me prestas tu florero para mis flores, querida?

—Con mucho gusto...

Con toda intención dejó caer al suelo la tarjeta y se alejó.

Marion corrió a leerla.

A Betty:

La flor más bella de todas.

Bob

Se echó a reír. ¿La flor más bella? ¡Ya se vería quién ganaba la partida!

* * *

Aquella tarde hubo entrenamiento de "basketball" entre las muchachas del colegio.

Betty era una buena jugadora, pero aquella vez estuvo de desgracia.

Y Marion, que conocía admirablemente dicho deporte, se echó a reír grotescamente.

—¡Vamos!—dijo Betty, picada—. Ya que te burlas de los demás, ¿por qué no vienes a nuestro "team"?

—No deseo disputar a nadie el campeonato.

Pero llegó Bob y al ver a Marion le rogó que ingresara en el equipo. Y ella, aficionada por una parte al "basketball" y por otra con el ansia de emular a Betty, aceptó encantada... y aquella misma tarde comenzó su entrenamiento.

Jugaba bien, no podía ponerse en duda. Lanzaba admirablemente, con buena puntería, el balón a la canasta. Pero era individualista procurando no dar nunca la pelota a Betty aunque estuviera ésta colocada para el mejor avance.

Y durante la primera semana de pruebas, el "basketball" fué la única asignatura que aprobó Marion.

Una noche, Marion salió en pijama de su cuarto yendo a pasear por el corredor.

Salió a su encuentro la encargada:

—Por orden del director está prohibido usar



—¿Me prestas tu florero para mis flores, queridita?

fuera del dormitorio este traje — dijo—. No se puede...

—Sí... sí... Pero de acuerdo con mi voluntad... se puede.

Aun paseó largo rato sin hacer caso de las amonestaciones y al ver a Betty en el corredor le dijo, burlona:

—Oye... ¿quieres entrar en mi cuarto? Te prepararé un "cocktail" de ácido fénico.

La otra la miró con desdén, y Marion volvió a su dormitorio y con el balón jugó a meterlo en una red colocada cerca del techo.

Rosita, su compañera, jugaba también.

En una de las evoluciones la pelota saltó por la ventana hacia el jardín, y Marion fué a buscarla por le mismo camino.

Al ir a recoger el balón, cayeron sobre Marion un grupo de jóvenes que corrían velozmente en persecución de otros muchachos.

Eran los alumnos antiguos a quienes los novatos habían arrebatado la bandera y que pretendían recobrarla.

La pobre Marion tuvo que acurrucarse entre las docenas de pies adversarios que luchaban con energía para la posesión de la bandera.

Los antiguos lograron vencer a los novatos y cogiéndoles a todos, se dispusieron a castigar su atrevimiento.

—¡Abajo esos cachorritos novatos!... ¡Hágamole tragar la píldora entera!

Marion había sido detenida y puesta al lado

de los novatos, creyendo que había tomado parte en la hazaña.

Los antiguos, a tiempo que cogían a varios jóvenes del primer curso dejándoles en ropa interior, les clavaban para cubrir su desnudez papeles matamoscas, comenzando a cantar:

Debemos enseñar a los novatos

A recibir sin indisciplinarse

La fiel caricia de nuestros zapatos...

Qué sólo duele hasta acostumbrarse.

Marion que vió que las cosas iban mal dadas, y que no estaba dispuesta a que la confundiesen con un varón, echó a correr, pero fué detenida por Bob quien la reconoció sorprendido de que bajo aquel sombrero y aquel traje se ocultara tan delicada mujer.

Simuló Marion haberse desmayado y Bob que había olvidado por entero lo del libro, la empapó las sienes haciendo que fácilmente recobrara el sentido.

—¿Por qué estabas en el jardín?

—¡Oh! no creas que me hallase con los novatos... Se me escapó el balón, salté por la ventana... y ustedes saltaron sobre mí.

—¡Qué alegría haberte encontrado!... Yo te protegeré. Ya no te hará daño nadie...

—Siento dolor en un pie. Me lo he lastimado al correr...

El la levantó suavemente llevándola al pabellón femenino. Durante el camino, ella le quitó un medallón que el joven llevaba en el pecho. Quería tener un recuerdo suyo.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Bob la acarició con honda delicadeza y ella sintió en su corazón la dulzura de la felicidad.

Marchó Bob después de dejar en su cuarto a Marion. Rodearon a ésta varias compañeras interesándose por su salud.

—¿Estás enferma? — le dijo una amiga.

—¡No!...

—¡Creí que te habías lastimado el tobillo! — dijo Betty que había contemplado celosa a su compañera.

—¿Lastimado? Eso fué un pretexto para que Bob me condujera en brazos — contestó riendo.

—¡Qué graciosa!

—Sí, chica, aunque te duela... ¡Ya cayó! ¡Voy a ensartar mi perla grande!

Y levantándose tranquilamente se quitó el collar y reunió con los demás granos la perla que guardaba para la conquista.

Betty se alejó, moviendo los hombros con fingida indiferencia. Mientras Marion reía a carcajadas contenta de su triunfo.

* * *

A la otra tarde continuó el entrenamiento. Betty y Marion en el mismo equipo procuraban, sin embargo, hacerse fracasar mutuamente. Especialmente Marion siguió con firmeza esta táctica perjudicial.

Bob, entrenador del equipo, a pesar de la simpatía que tenía por Marion, desde luego muy superior a la que experimentaba por Betty, se indignó al ver que la novata prescindía de su compañera en detrimento del juego de conjunto.

—¿Por qué no pasaste la pelota a Betty? — le dijo al acabar una jugada.

—No se la paso porque Betty no me gusta — contestó Marion con la mayor frescura.

—Este juego requiere trabajo cooperativo... no simpatías o antipatías personales.

Volvieron a continuar el juego y nuevamente Marion dejó de entregar la pelota a Betty.

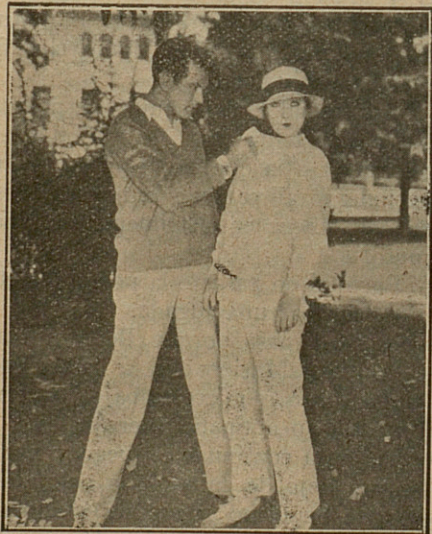
—Ya te he dicho que pases siempre la pelota cuando haya un jugador descubierto bajo la canasta — gritó Bob un poco enérgico—. Si sigues jugando así, el día del campeonato

nuestro equipo experimentará una seria derrota.

Betty la miraba con despecho. ¡Con qué ansias la hubiera pegado!

—No te excites — dijo Marion a Bob—. Yo hice la jugada... ¿La hice o no?

—Pero tu obligación era pasar la pelota a Betty.



...fué detenida por Bob...

—¡Muy bien!... No quiero ser mandada de ese modo. Prefiero marcharme del equipo.

—No hay para tanto, Marion.

—Sí que hay motivo... Estoy cansada de aguantar impertinencias. No quiero jugar más.

Y la traviesa muchacha se dirigió lentamente a la puerta.

—¡Sigan jugando! — exclamó Bob, disgustado—. No pierdan el ánimo porque uno de los jugadores haya dejado el "team".

—¡Buen espíritu de compañerismo tienes, Marion! — le dijo Betty—. ¡Yo daría mi ojo derecho por el colegio!

—¡Magnífico! Darías tu ojo de vidrio, ¿no es verdad?

Y lanzando una carcajada insultante salió del gimnasio en el preciso momento en que Betty cogía el balón y lo lanzaba con furia contra ella. Pero la pelota fué a estrellarse en la pared.

—¡No dí en el blanco! — gritó.

—En blanco nos vamos a quedar cuando juguemos con el Claxton — dijo Rosita.

Y una hora más tarde, después del juego, los estudiantes fueron a reunirse en el café del colegio, servido por un viejo camarero y animado por los constantes chillidos de una cotorra.

Los escolares estaban tristes; adivinaban con honda melancolía que sin Marion, que hacía ju-

gadas magníficas, iban a perder en el próximo partido contra el equipo de Claxton.

Marion tuvo el atrevimiento de presentarse allí, y Betty le dijo, en tono violento:

—Bueno, monísima, supongo que te habrás puesto roja de placer al saber que nos perjudicas con tu actitud...

—Roja, no... Es un color que no me está bien... —replicó, sonriente.

Bob, que hablaba con varios amigos, la contempló con cierto reproche. ¿Por qué hacía aquello? ¿Cómo mostraba aquel carácter díscolo e insociable?

Pero no quiso hablarla personalmente, y con su silencio la hizo comprender que se mostraba ofendido por su anterior determinación.

Y Marion, despechada, salió tarareando una canción de moda, comenzando a arrepentirse de haber entrado en aquel colegio donde le faltaba el calor de la amistad.

* * *

La víspera del gran juego con el Claxton, Bingham procuró por todos los medios levantar el espíritu de su equipo.

Todos los estudiantes se habían congregado en el jardín ante un altar improvisado y una

encendida hoguera. Un muchacho vestido de sacerdote asirio, parecía presidir el imponente cortejo.

Los escolares inclinaban profundamente sus cuerpos, y decían, en tono campanudo y grotesco:

—¡Oh, grande y poderoso sacerdote! ¡Nos inclinamos ante ti y muy humildemente te ofrecemos este perro de madera! ¡Recíbelo, oh, gran Bonzo!

Se adelantaron cuatro estudiantes llevando en andas a un perro de madera al que iban a echar a las llamas.

—Para satisfacer los caprichos de la voluble diosa del "basketball", te ofrecemos el noble sacrificio. ¡Echadlo dentro! —dijo el estudiante que hacía de sacerdote.

Lanzaron al fuego el amigo y pronto se elevó una nueva columna de humo y llamas.

—¡Oh, altísima y excelsa Abba Sazaabba!... ¡Conviértelo en cenizas con tu llama!... y haz sudar a este perrito!

Luego los escolares comenzaron a bailar alrededor del fuego.

Marion reunióse con ellos.

Se hallaba triste. Sentía en su alma como la fuerza del remordimiento.

—¡Es muy atrevida! —dijo una colegiala a otras señalando a Marion con el dedo—. ¡Ve-

nir aquí después que nos ha abandonado!

Marion corrió a ocultarse entre otros grupos y escuchó a un estudiante que decía:

—¡Bob está desanimado!... Si el Claxton nos derrota, perderá su puesto de entrenador...

Una gran tristeza más aguda se apoderó de Marion. Revivió en ella el cariño hacia Bob... y el propio peso de su culpa.

Un estudiante subió a un tablado y gritó:

—¡Un fuerte y largo viva para nuestro equipo! ¡Listos! ¡Ra, Ra, Ra! ¡Bingham! ¡Bingham! ¡Ra, Ra, Ra!...

El entusiasmo fué delirante. Todos los corazones palpitaban ansiosos de victoria.

—¡Otro viva para Bob Dixon!

—¡Dixon! ¡Dixon! ¡Dixon! ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!

— repitieron centenares de voces.

Y la repetición del nombre de Bob impresionó dolorosamente a Marion. Cuando vió pasar a Bob se le acercó.

—¡Estoy muy apenada por lo que he hecho, Bob! — murmuró.

—Me sorprende que una persona como tú, pueda sentirse apenada — respondióle con energía.

—Pues lo estoy, Bob... lo estoy realmente, porque... porque yo...

Y le envolvió en una mirada tan dulce que Bob sintió realmente la significación de aque-

llos ojos, lo que querían decir.

—¡Marion!... — murmuró.

Pero se vió empujado por la turba de estudiantes que le obligaron a volver al tablado.

—¡Sigamos! — decía un joven—. ¡Tres hurras más por... Betty Carter!



—¡Estoy muy apenada por lo que he hecho, Bob!

—¡Hurra... hurra... hurra!...

—¡Y tres ¡abajo! para Marion Bright! — dijo una voz.

Algunos escolares respondieron, otros guar-

daron silencio prudente y menos cruel, entre ellos Bob...

Muy desolada, muy abatida, Marion volvió a su cuarto estudiantil, y viéndose sola, rodeada de aquella general hostilidad, tomó la determinación de marcharse.

¡No, no! Bob no debía quererla, puesto que apenas había contestado a lo que era casi una declaración amorosa.

Era mejor regresar a casa aunque papá se indignara... Entraría en otro colegio y procuraría no volver a caer en vanidades ni odios... Pero, ¿le sería posible olvidar a Bob?

Los estudiantes cantaban allí cerca. Abrió la ventana y en la paz perfumada de la noche, llegaron a sus oídos dulces canciones de juventud.

*Nuestros corazones serán siempre leales
a tu grato recuerdo, Santa Universidad...*

¡Dios mío! Y ella no había sabido crearse allí, ni amistades, ni afectos, ni simpatías. ¿Acaso Bob?... Pero si Bob la miraba tan seriamente...

Y el canto continuó con tiernos suspiros:

*Una corona el amor ha tejido
Que a través de la vida, perdurable será.
El amor a la escuela y a los viejos amigos
Unidos en las aulas para la eternidad*

Y aquella canción era tan sentimental que la hizo derramar abundantes lágrimas. ¡No se marcharía!... Procuraría enmendar su conducta, hacerse digna de sus amigas, no odiar a nadie... para que la perdonasen y la volvieran a querer.

Sentía en el alma un inmenso anhelo de paz...

* * *

Llegó la noche en que debía celebrarse el gran "match" entre los equipos femeninos de Claxton y de Bingham.

Los de Bingham estaban completamente desalentados. Iban a salir al palenque seguros de la derrota. El equipo contrario era de gran fortaleza, y ellos habían perdido a Marion, su mejor jugadora.

Partidarios de los dos bandos llenaban el amplio local donde iba a celebrarse la lucha.

Directores y profesores de ambos colegios asistían a la fiesta.

Las muchachas de Bingham se preparaban para salir. Procuraban animarse mutuamente, pero en el fondo de sus almas, estaban descorazonadas.

Entró Bob seguido de Marion, repartiendo

saludos y sonrisas con la mirada optimista y cordial.

—Marion, ¿vas a jugar? — le dijo Betty, sorprendida.

—La he suplicado que juegue con nosotros porque Bingham la necesitaba — dijo Bob.

—Bueno... entonces yo no juego — contestó desabrida.

Bob la miró severamente.

—Tú jugarás también... a menos que quieras traicionar nuestro equipo. Se trata del buen nombre de nuestro colegio. ¡Acuérdate!

Estas palabras parecieron impresionar a Betty, quien fríamente dió la mano a Marion.

—Yo lo he olvidado todo... Desde hoy quiero ser tu verdadera amiga — dijo Marion.

—Yo también — repuso fríamente Betty.

Salió el equipo y fué acogido con estruendos aplausos.

—¡Ra! ¡Ra! ¡Ra! ¡Bingham! ¡Bingham! ¡Bingham!

Momentos después apareció el equipo de Claxton y sus partidarios se cansaron de agitar banderas y cantar en su honor.

Bob con su nutrido grupo de amigos animaba al equipo. ¡A triunfar! ¡A no dejarse arrebatar los laureles!

El árbitro dió la señal y la lucha empezó a gran tren. Los de Claxton fueron los primeros

en poner la pelota en la canasta y momentos después como una advertencia de que el "match" debía ser competidísimo, los de Bingham marcaron a su vez.

El entusiasmo por ambos bandos fué delirante, ensordecedor y la contienda se siguió a un tren fantástico... Pero los de Claxton comenzaron a desbordar a sus enemigos y marcar tanto sobre tanto, hasta el extremo de que durante la primera parte marcaron veinte puntos contra dos que tenían los de Bingham.

Marion defraudaba... Parecía que no estaba en el terreno. Alguien gritó desde la tribuna:

—¡Esa Marion no hace nada! ¡Abajo Marion!

—¡No hagas caso! — decía Bob, desesperándose—. ¡Demuéstrales que puedes jugar!

Marion se desesperaba pero no le daban juego. Y esta era la causa de que su presencia en el equipo pasase inadvertida. Betty, rencorosa y vengativa, no le pasaba ninguna pelota, prefiriendo que se perdiesen antes de que Marion pudiera recogerlas y tener de esta manera ocasiones de lucimiento.

Durante el descanso de la media parte, Marion, dominando su orgullo se dirigió a Betty y le dijo:

—¡Acuérdate, Betty!... No podemos ganar

sin ayudarnos mutuamente!... ¡Vamos a luchar... y todos por Bingham!...

Bob había llegado al cuarto e incitó severamente a Betty a olvidar rencillas particulares.

La muchacha meditó unos momentos... y luego su rostro se aclaró con una sonrisa tranquila.

Olvidaría sus celos, que al fin y al cabo no eran tales, pues ella estaba convencida de que no amaba a Bob. Y como se trataba del nombre del Bingham y de la gloria del Colegio... lo olvidaría todo trabajando en común por la gloria.

—¡Yo te lo prometo, Marion!... ¡Ahora sí que te ayudaré! ¡Y perdóname!

—¡Gracias, Betty... gracias!... Espero que viendo todas mi buena voluntad olvidaréis los malos ratos que os he hecho pasar — contestó Marion emocionada.

—¡Pobrecita amiga!... Nosotras fuimos las que te abandonamos antes... y debemos pedir tu perdón... Juega como en la primera parte... y verás cómo todas te ayudaremos... verás... — dijo Rosita.

—Pues ya no tengo miedo alguno de perder. Recobraremos la ventaja perdida.

—¡Ra! ¡Ra! ¡Ra! — dijo Bob, entusiasmado—. ¡Todavía podemos derrotar a Claxton!

—¡Sí... sí!... ¡A triunfar!

A poco comenzó la segunda parte.

Los partidarios de Bingham pensaban tristemente en lo enorme de aquella derrota; los amigos de Claxton en el júbilo de aumentar el triunfo.

Pero pronto se operó el milagro y se vio que las cosas iban al revés.

Con empuje genial, combinando maravillosamente Betty con Marion y las otras compañeras del equipo, las de Bingham pronto se situaron en terreno enemigo y no tardaron en marcar.

Y tras este tanto... otro... y otro... y otro aun... mientras un desbordamiento de emoción pasaba por el alma de los partidarios de Bingham.

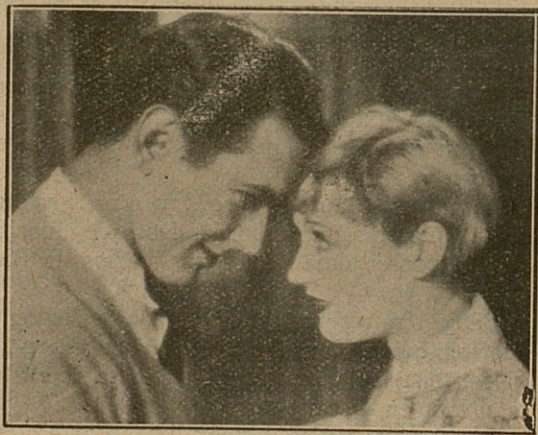
Betty sin reserva alguna daba el balón a Marion quien, jugadora de méritos excepcionales, tenía la puntería maestra para incrustar la pelota en la canasta.

Las de Claxton se desmoralizaron ante aquel empuje genial... y fué así como en veinte minutos lograron ganar diez y ocho puntos, empatando con su adversario.

La emoción hacía palpar todos los corazones, las venas estaban en tensión.

Faltaba un minuto para acabar la segunda parte y el primer tanto que se marcara sería decisivo.

Atacaron terriblemente las de Claxton y estuvieron a punto de conseguir el "goal" deseado. Pero Betty y Marion en soberbio arranque, arrebataron a sus adversarios la pelota y pasándose de lado a todo el equipo lograron lle-



—¡Te quiero, Marion... te he querido siempre!

var el juego a la meta contraria, y Marion de un formidable golpe incrustó la pelota en las mallas enemigas.

Un minuto después terminó el partido.

El triunfo había sido, pues, conquistado por el equipo de Bingham.

Y mientras los de Claxton desfilaban con la natural tristeza, miles de gargantas jóvenes, pertenecientes a Bingham, no cesaban de alzar al cielo su voz de guerra y de valor:

—¡Ra! ¡Ra! ¡Ra! ¡Bingham! ¡Bingham! ¡Bingham!

Bob corrió a estrechar en sus brazos a Marion, la heroína de la jornada, y en palabras rápidas y apasionadas le dijo:

—¡Te quiero, Marion... te he querido siempre!... Pero hasta hoy que he visto en ti a la verdadera mujer, no he querido declararte mi anhelo de que seas mi esposa...

—Bob... yo te quise desde la primera vez... allá en mi casa... — contestó riendo.

Y se hubieran abrazado y fundido en largo beso si no les rodearan los camaradas que agitando banderas y gallardetes lanzaban al cielo su canción de gloria.

FIN

Mañana se pondrá a la venta en las

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

la emocionante novela

¡Ríe, payaso, ríe!

por

LON CHANEY



ARTISTICA PORTADA

B.



T. A. P.